

CAPÍTULO I

El viejo profesor tuvo una idea corriente. Había leído demasiado, reflexionado demasiado, escrito demasiado también, para atreverse a proferir, aun a solas consigo mismo, en circunstancias tan perfectamente anormales, otra cosa que una trivialidad digna de un ejercicio escrito de un alumno de tercer curso. El tiempo era bueno. El calor no era muy bochornoso, pues un vientecillo fresco primaveral corría sigiloso a través de la terraza cubierta de la casa, una de las últimas hacia lo alto de la colina, colgada en un flanco de la roca como vigía avanzado de la vieja aldea parda que dominaba toda la región hasta la ciudad de los turistas, abajo, con su lujosa avenida, junto a la playa, de la cual se distinguían las verdes copas de las palmeras y las azoteas de las residencias blancas, hasta el propio mar, sereno y azul, que, de improviso, había perdido todo el barniz de opulencia que lo cubría habitualmente —yates relucientes, esquiadores musculosos, chicas doradas, voluminosos vientres exhibidos sobre la cubierta de grandes veleros—, y sobre ese mar desierto, por último, la increíble flota herrumbrosa venida de la otra cara de la Tierra, varada a cincuenta metros de la orilla y que el viejo profesor observaba desde por la mañana. El espantoso hedor a letrinas, que había precedido a la aparición de aquella flota como el trueno precede a la

tormenta, ya se había disipado por completo. Tras apartar el ojo de un catalejo con trípode, mirando a través del cual le parecía que la increíble y hormigueante invasión había ascendido ya por las laderas de la colina e invadido la casa, el anciano se frotó el fatigado párpado y luego dirigió su mirada hacia la puerta de su casa. Era una puerta de roble macizo, una especie de masa inmortal articulada sobre goznes de fortaleza, en la que figuraban, grabados en la oscura madera, el nombre patronímico del viejo señor y el año en que un antepasado en línea directa acabó de construir la casa: 1673. Comunicaba, al mismo nivel, la terraza y la pieza principal, al tiempo salón, biblioteca y despacho. Era la única puerta de la casa, pues la terraza daba directamente a la calleja por una pequeña escalera de cinco peldaños sin ninguna cerca y que cualquier viandante podía subir a su antojo, al estilo de la aldea, si le venía en gana ir a saludar al propietario. Cada día, del alba a la anochecida, aquella puerta permanecía abierta y esa tarde, mientras el sol iniciaba su naufragio cotidiano, lo estaba igualmente; esto fue lo que notó el anciano por primera vez. Entonces pronunció estas palabras, cuya enorme trivialidad hizo nacer en sus labios una especie de sonrisa satisfecha: «Me pregunto —se dijo— si, en este caso, una puerta debe estar abierta o cerrada...».

Luego reanudó su vigilancia, el ojo pegado al catalejo, aprovechando que el sol poniente iluminaba el inverosímil espectáculo. ¿Cuántos iban, allá abajo, a bordo de todos aquellos restos encallados? De hacer caso al número pavoroso anunciado en los lacónicos boletines de información que se sucedían en la radio desde la mañana, quizá estarían hacinados en bodegas y cubiertas, racimos humanos encaramados a puentes y chimeneas, las capas inferiores muertas soportando a las que aún vivían, a la manera de esas columnas de hormigas en marcha cuya parte visible es un bullicio de vida y la base una especie de camino fórmico pavimentado con millones de cadáveres. El viejo profesor —se llama-

ba Calguès— dirigió su catalejo a uno de los buques mejor alumbrados por el sol, luego reguló pausadamente el foco hasta lograr la más perfecta nitidez, como un investigador en su microscopio cuando descubre, en un caldo de cultivo, la colonia de microbios cuya existencia presentía. Aquel barco era un paquebote más que sexagenario, cuyas cinco chimeneas verticales, en forma de tubos, denotaban su antigüedad. Cuatro de ellas estaban desmochadas, a diferentes alturas, a causa del tiempo, el orín, la falta de cuidados, las veleidades del destino, en una palabra, por la miseria. Encallado frente a la playa, el barco daba de banda casi diez grados. Como en todos los otros buques de aquella flota fantasma, cuando anochecía no se distinguía ninguna luz, ni el más pequeño resplandor. Los fuegos, las calderas, los generadores, todo debió de haberse apagado de golpe durante el naufragio voluntario, o bien por falta de un combustible calculado apretadamente para un solo y único viaje, o también porque, nadie, a bordo, consideraba ya necesario preocuparse de nada, una vez terminado el éxodo a las puertas del nuevo paraíso. El viejo Calguès observaba todo eso cuidadosamente, detalle por detalle, sin manifestar la más mínima emoción. Simplemente, ante la vanguardia de un antimundo que se decidía por fin a venir a llamar personalmente a las puertas de la abundancia, se sentía prodigiosamente interesado. Con el ojo pegado al catalejo, vio primeramente brazos. Calculó que el círculo que recortaba sobre la cubierta del buque debía de tener unos diez metros de diámetro. Luego se puso a contar, tranquilamente, pero resultaba tan difícil como contar los árboles de un bosque, pues todos aquellos brazos estaban alzados, se agitaban conjuntamente, inclinándose hacia la orilla cercana, semejantes a flacas ramas negras y pardas animadas por el viento de la esperanza. Aquellos brazos estaban desnudos. Emergían de ropajes blancos que debían de ser túnicas, togas, saris de peregrinos: eran los brazos descarnados de Gandhi.

Al llegar a doscientos, el profesor dejó de contar, pues había alcanzado los límites del círculo. Luego se entregó a un rápido cálculo. Habida cuenta de la longitud y de la anchura de la cubierta del barco, podía establecerse que la misma circunferencia cabía en ella más de treinta veces y que entre cada uno de aquellos círculos tangentes se alojaban dos espacios en forma de triángulos opuestos por la punta y cuya superficie equivalía, aproximadamente, a un tercio de circunferencia, o sea: $30 + 10 = 40$ circunferencias \times 200 brazos = 8.000 brazos. ¡Cuatro mil personas! ¡Sólo en la cubierta del barco! Si se admitía la existencia de capas superpuestas, o cuando menos, probablemente, una densidad idéntica en cada una de las cubiertas, entrepuentes y bodegas, aquella cifra sorprendente tenía que multiplicarse al menos por ocho. En total: ¡treinta mil personas, en un solo barco! Sin contar los muertos que flotaban en torno al casco, arrastrando por la superficie del agua sus blancos harapos, que los vivos ya por la mañana habían tirado por la borda. En este gesto extraño, que no parecía inspirado por la higiene —si no, ¿por qué haber esperado el término del viaje?—, el profesor creyó haber encontrado la única explicación posible. Calguès creía en Dios. Creía en todo, en la vida eterna, la redención, la misericordia divina, la fe, la esperanza. Creía también, con gran firmeza, que los cadáveres arrojados sobre las costas de Francia también tocaban el paraíso, que incluso navegaban por él, sin trabas, y para siempre, en eso más favorecidos que los vivos, quienes, al arrojar a sus muertos al agua, les habían ofrecido de una vez la liberación, la felicidad y la eternidad. Ese gesto se llamaba amor, y el profesor lo comprendía también.

Y se hizo de noche, no sin que el sol poniente, por última vez, hubiese iluminado con rojos destellos la flota encallada. Había allí más de cien buques, todos herrumbrosos, como testimonio del milagro que los había guiado y protegido desde la otra cara

del mundo, con excepción de uno solo perdido en un naufragio en aguas de Ceilán. Uno tras otro, casi prudentemente alineados a medida que iban llegando, vararon en las rocas o en la arena, con la proa vuelta hacia la orilla y alzada en un postrer impulso. A su alrededor flotaban miles de muertos vestidos de blanco que las últimas olas del día comenzaban a conducir a tierra, despacio, depositándolos en la orilla y retirándose después para ir a buscar más. ¡Cien buques! El viejo profesor sentía nacer en él esa especie de estremecimiento de humildad y de exaltación mezclados que a veces sentimos cuando aplicamos muy fuertemente el pensamiento sobre las nociones de infinito o de eternidad. Al atardecer de aquel domingo de Pascua, ochocientos mil vivos y millares de muertos asediaban pacíficamente la frontera de Occidente. Al día siguiente, todo quedaría ventilado. Se elevaban de la costa hasta las colinas y la aldea, cantos muy quedos pero de extremada potencia pese a su suavidad, como una melopea tarareada por un coro de ochocientas mil voces. Los cruzados, antaño, en vísperas del asalto final, dieron la vuelta a Jerusalén cantando. Al séptimo toque de trompetas, las murallas de Jericó se derrumbaron sin lucha. Y, cuando la melopea diese paso al silencio, quizá los pueblos elegidos sufrirían, a su vez, el efecto del disfavor divino. Se oía igualmente el fragor de cientos de camiones: desde la mañana, el Ejército tomaba asimismo posiciones en la costa del Mediterráneo. Llegada la noche, la terraza ya no se abría más que al cielo y a las estrellas.

Hacía fresco dentro de la casa, pero, al entrar, el profesor decidió dejar su puerta abierta. ¿Acaso una puerta, por muy maravillosa de artesanía tricentenaria y de roble occidental que fuese, eminentemente respetable, podía proteger a un mundo que ya había vivido demasiado? La electricidad no funcionaba. Sin duda, los técnicos de las centrales de la costa habían huido hacia el norte, a su vez, detrás de todo un pueblo despavorido que daba la

espalda y se marchaba en silencio para no ver, no ver nada y, por consiguiente, no comprender nada o, más exactamente, no querer comprender nada. El profesor encendió las lámparas de petróleo que siempre tenía a punto en caso de avería y echó un fósforo a la chimenea, donde el fuego, esmeradamente preparado, prendió en seguida, roncó, chisporroteó, difundiendo calor y luz. Luego puso en marcha su transistor, sintonizado permanentemente con la ORTF. Música pop, jazz, tonadilleras, charlatanes, saxofonistas negros, «gurus», actrices famosas satisfechas, consejeros de salud, del corazón y del sexo, todo ese mundillo, considerado de pronto indecoroso, había abandonado las ondas, como si el Occidente amenazado cuidase muy en particular de su última imagen sonora. Se oía a Mozart, igual programa en todas las emisoras: «La musiquita nocturna», así de tonto. El viejo profesor tuvo un pensamiento amistoso para el programador en su estudio de París. Sin saber, sin ver, aquel hombre había comprendido. En la melopea de las ochocientas mil voces que no podía oír, había hallado instintivamente la mejor respuesta.

¿Qué había en el mundo más occidental, más civilizado, más acabado que Mozart? Imposible tararear Mozart con ochocientas mil voces. Mozart jamás compuso para soliviantar a las multitudes, sino para conmover el corazón de cada uno, en sonido particular. ¡La verdad, qué bonito símbolo! Occidente en su única verdad... La voz de un periodista sacó al profesor de sus reflexiones:

«El Gobierno, reunido en torno al presidente de la República, ha celebrado sesión todo el día en el palacio del Elíseo. Por razón de la gravedad de las circunstancias, estaban igualmente presentes en esa reunión los jefes de Estado Mayor de las tres armas, los responsables de la policía y de la gendarmería, los prefectos del Var y de los Alpes Marítimos y, a título excepcional y consultivo, el cardenal-arzobispo de París, el nuncio apostólico y la mayoría

de los embajadores occidentales acreditados en la capital. A la hora en que les hablamos, el consejo no ha terminado aún, pero el portavoz del Gobierno acaba de anunciar que el presidente de la República dirigirá personalmente, hacia medianoche, una declaración solemne al país. Según las informaciones que nos llegan del Midi, nada parece todavía moverse a bordo de la flota emigrante. Una parte del Estado Mayor del Ejército confirma que dos divisiones están desplegadas en la costa frente a los... frente a... (¡El periodista vaciló, y cómo se le comprendía! ¿Cómo podía denominarse a aquella multitud innumerable y desoladora? ¿El enemigo? ¿La invasión? ¿El Tercer Mundo en marcha? ¿La horda?), cara a esa invasión de una naturaleza excepcional (¡Vamos! ¡Salió bastante bien del apuro!) y que tres divisiones se dirigían hacia el Sur, a pesar de ciertas dificultades de orientación. En fin, en un último comunicado hecho público hace solamente cinco minutos, el coronel Dragasès, jefe del Estado Mayor General, anuncia que el Ejército acaba de encender en la costa una veintena de hogueras gigantescas en las que... (el periodista titubeó otra vez. Se le oyó suspirar. El anciano caballero incluso creyó que había dicho: ¡Dios mío!), en las que quema miles de cadáveres arrojados al agua desde todos los buques.»

Eso fue todo, y Mozart, sin tropiezos, ocupó de nuevo el lugar de aquellas tres divisiones que avanzaban hacia el sur y de aquellas veinte hogueras que, en aquel momento, debían de crepitar en el aire seco, abajo, en la orilla. Occidente no incinera a sus muertos. Los columbarios se esconden vergonzantes en los arrabales de sus cementerios. El Sena, el Rin, el Loira, el Ródano, el Támesis y hasta el Tíber y el Guadalquivir no son el Ganges o el Indo. Sus márgenes jamás hedieron a cadáveres achicharrados. Desde luego, la sangre ha teñido sus aguas con frecuencia, los campesinos han rechazado con sus horcas, santiguándose, carroñas humanas que flotaban en la corriente. Pero, en los puentes,

en los muelles, cuando los tiempos occidentales, se bailaba, se bebía vino y cerveza, se hacía cosquillas a muchachas lozanas que reían y se reía también ante la nariz del reo apaleado, ante la lengua del ahorcado, el cuello del decapitado, pues el Occidente serio sabía reír tanto como llorar, y luego se iba a orar y comer el dios carnal al llamamiento de sus campanas, con la seguridad que se tenía del apoyo formidable de todos los muertos alineados en los cementerios junto a viñedos bajo cruces y losas indestructibles, pues sólo eran quemados los satánicos, brujos y apestados. El profesor salió a la terraza. Abajo, la playa estaba alumbrada por veinte resplandores rojos coronados de humo. Quitando el capuchón del visor de su catalejo, lo enfocó sobre la hoguera más alta que ardía convenientemente como una torre de madera con pisos cargados de cadáveres. Los soldados la habían levantado cuidadosamente, una capa de leña, una capa de carne y así sucesivamente. En la ordenación de su arquitectura, se notaba todavía el respeto a la muerte. Después, la torre se vino abajo y, a pesar de seguir ardiendo, ya no fue sino una masa innoble que humeaba como un vertedero. Nadie reconstruyó la hermosa torre tan pulcra. Se acercaron unos *bulldozers* conducidos por hombres con escafandra, así como otros ingenios provistos de patas articuladas y de excavadoras móviles: toda esa maquinaria empujaba cadáveres en montones fofos y fluidos como barro, levantándolos y volcándolos sobre la hoguera, mientras recaían, como un sobrante, alrededor de las excavadoras en movimiento, brazos, piernas, cabezas, a veces hasta cadáveres enteros. Entonces fue cuando el profesor vio huir al primer soldado y se le ocurrió otro lugar común, pues el soldado se largaba como un títere manejado por sus hilos, con andares desmadejados que manifestaban claramente un pánico incontrolable. El muchacho había soltado el cadáver que arrastraba, luego tiró febrilmente su casco, su máscara y sus guantes de protección; por último, se apretó las sienes con ambas manos y salió corriendo en

zigzag como un vulgar conejo aterrorizado, hasta el círculo de oscuridad que rodeaba la hoguera. Los cinco minutos siguientes, otros diez soldados lo imitaron y el profesor tapó su catalejo. Ya sabía bastante. El desprecio popular hacia las otras razas, la superioridad consciente, el contento triunfalista de creerse lo mejor producido por la Humanidad, todo eso nunca había existido en las mentes debilitadas de aquellos jóvenes, o tan escasamente que el monstruo canceroso instalado en el corazón de la conciencia occidental pronto pudo más. En su caso no se podía siquiera hablar del corazón, sino de un exceso enfermizo y contagioso de la sensibilidad. Sólo los hombres de corazón lucharían realmente esa noche. Hacía poco, mientras escapaba el simpático jovencito, el viejo Calguès enfocó algunos instantes su catalejo sobre una especie de coloso uniformado que, de pie junto a la hoguera, con las piernas separadas, arrojaba a ella, con el impulso poderoso y regular de sus brazos, todos los cuerpos que le pasaban, como un fogonero de tiempos pasados echando paletadas de carbón en una caldera de barco. Quizá también sufría ante un espectáculo semejante, pero, viéndolo, sufría seguramente sin compasión. Tampoco reflexionaría, en su certeza de que, por fin, el género humano ya no formaba un todo solidario tal como lo habían afirmado demasiado tiempo los papas, filósofos, intelectuales, sacerdotes y hombres políticos de Occidente. A menos que el viejo profesor, ante la calma determinada de aquel a quien él llamaba fogonero y que, en realidad, era el coronel Dragasès, jefe de Estado Mayor que predicaba con el ejemplo en primera línea, no le estuviese atribuyendo sus propios pensamientos. Aquella noche también el amor se dividía. El hombre jamás ha amado al género humano en conjunto, razas, religiones y culturas, sino tan sólo a quienes reconoce por suyos, los de su clan, por vasto que éste sea. Al resto sólo lo tolera porque lo han forzado a ello, y cuando el daño está hecho, sólo le queda desagregarse. En aquella guerra

extraña que se anunciaba, quienes más se amaban triunfarían. ¿Cuántos serían, por la mañana, los que aún aguantarían en la orilla, haciendo frente, alegremente, cuando el espantoso ejército se echase al agua para el asalto a los vivos, tras el de los muertos? ¡Alegremente! Ahí estaba lo esencial. Examinando el rostro del fogonero, el profesor creyó un momento que movía los labios como si cantase. ¡Dios mío! ¡Sólo con que cantasen dos, al menos dos! Quizá conseguirían despertar a los demás de su sueño mortal... Pero de la orilla únicamente se elevaba la melopea queda y amenazante salida de ochocientas mil gargantas.

—¡Qué bonito, eh! —exclamó una voz en la oscuridad.